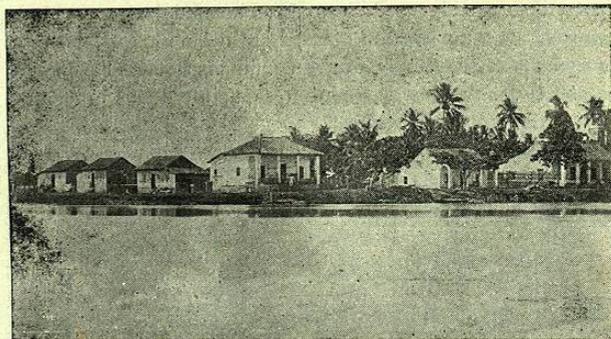


XXI

Elevan las palmas sus penachos por entre los limpios tejados rojos, albean las paredes y el río terso refleja en sus aguas el amontonado caserío sombreado por el verdor rumoroso de los cocoteros.

Bosque adentro la vegetación nace lozana y con su verdura forma techumbre frondosa por dentro de la cual no abrasa



el sol; ni en aquel apartado rincón de hierbas olorosas y de malezas inofensivas azota el viento como en el altozano circundado de manglares gigantes y de cocotales altivos.

Allí las ramas se explayan en un esfuerzo de titánicos brazos que se enlazan, bregan, triunfan y abaten; la enramada tupida sombrea la alfombra del césped; en parte se levantan ufanas las florecillas campestres, en parte saltan juguetones los pájaros ribereños, y, á cada paso, las hojas murmuran, trascienden las flores y los renuevos, y cantan y alegran las aves con sus trinos y los insectos con sus chirríos; en lo alto de los hornos, que por allí abren sus hondas bocas ennegrecidas, buscan refugio los zopilotes y grazna ronca la chachalaca; y abajo, por la claridad de los rayos solares, las

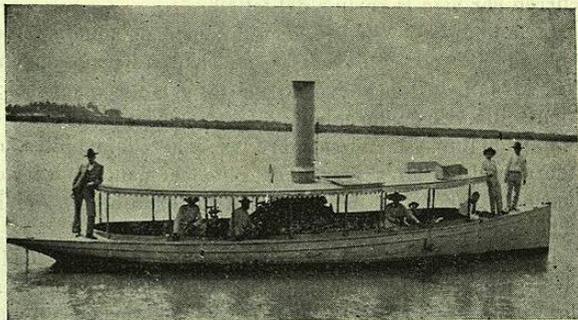
yerbas y el césped toman un tono gláuco, cual vistas de través en las aguas verdinas del Golfo; los árboles galanos desabotonan sus flores y derraman una fragancia que pone olorosos los campos juntamente con las guapas mozas que discurren por bajo la cortina del follaje.

Es la hora de la *tamalada*: allí debajo de aquella bóveda tapizada de frondas movedizas, se sientan hermosas doncellas; los tamales son servidos por los galantes mancebos; el vienteillo vespertino columpia las ramas de la arboleda derramando lluvia de flores sobre las cabezas juveniles, que adornan el musgo y sirven de olientes manteles á las que hacen su campesino banquete á la sombra tibia de aquellos árboles seculares.

Después sigue el baile; la música suelta al aire sus cadencias, que, sostenidas un tanto entre aquellos bosques vestidos de primavera y brillantes de sol de estío, toman vuelo para perderse en la obscura y dilatada selva, oculto recinto del ignoto eco; las parejas tripudian en el césped; de entre los claros de la enramada caen hacecillos de luces del cielo-culebrean, se alargan, retroceden, y, cual un torrente de ser, pentinas de fuego, rutilan ondulantes como iluminando las cabelleras sueltas de las infatigables bailadoras; allá, á distancia, cerca de la vera oculta por la ferocidad del empinado *zacatillo*, está un grupo de mocitas que charlan, murmuran y loquean: de lo alto del tejido de ramas se dispara un rayo de sol oblicuo y prende luminosa aureola en la angelical cabeza de una de ellas, de igual suerte que si fuera un flechazo de luz cayendo de los ventanales de la vieja iglesia para poner nimbo en la frente alabrastina de la virgen de Candelaria.

Pita obstinadamente el vaporcito llamando á las buenas mozas que en retiro nemoroso meriendan; corren ruidosas aquellas entonces para mí zagalas alejadas del aprisco; se disfuman en el horizonte los reflejos crepusculares, emprenden la marcha el ligero barquichuelo; en toda la extensión de la ribera va quedando un confuso y dilatado monte coronado por la esbelteza de las palmas que en las ondas del río

dejan panorámicos visos y serpeadores meneos, como contemplándose en vanidosos asomos la gallardía y gentileza de sus troncos.....



Las luces mortecinas del pueblo rielan en las aguas. se escucha el compasado botar de uno y otro remo; voces mujerieles salen de pechos enamorados entonando dulcísimas endechas; borbotan y se quejan las hondas heridas por la hélice; se alza de enmedio de la negrura de los techos y de las sombras de los árboles la blanca torre del reloj, enseñoreándose del horizonte con los cuatro discos iluminados que transparentan los inmóviles números de las carátulas; suena el repiqueteo de las campanas dando los cuartos y por último la hora, silba repetidas veces el vaporcito en momentos de enfrentar la orilla, se columpian las embarcaciones ribereñas con el vaivén de las olas que arrancan las vueltas de la hélice, saltan bulliciosas las concurrentes á la jira campestre, y la noche se adueña del espacio mientras las luces reflejan tranquilamente en todos los silenciosos hogares.

XXII

El juego que distrajo á Carlomagno, que aficionó al gran Napoleón, que ensimismó á Leibnitz y abstraigo á Newton es solaz y entretenimiento de algunos hijos del terruño.

Encajaría aquí, para darnos humos de eruditos, señalar el origen de este juego; pero como son diversas las opiniones y



contrarios los pareceres acerca del individuo y del pueblo que lo inventó, solo consignaremos, á guisa de información, que es al griego Palamedes á quien se le da por muchos historiadores la paternidad del ajedrez; no obstante que algunos aseguran que fueron los árabes, y otros, más acertados, opinan que fueron los persas; también caería de perlas en estos renglones el problema que el Bramín resolvió al rey de la India con un solo grano de trigo movido en el tablero del ajedrez, cuyo resultado fué una cantidad enorme de trigo que acaso si se cosecharía en el término de 109,600 años; pero este jeroglífico debe comprimirse en gracia de la brevedad y para no atentar contra la paciencia de los lectores.

El ajedrez se ha introducido entre nosotros para divertimento en nuestros ocios; y aunque mal se compece con nuestra turbulencia, con nuestra apatía y con nuestro natural veleidoso, es propio de esta nuestra vida sedentaria: se juega pacientemente, con una atención que recuerda el ensimismamiento científico de Arquímedes, cuando fué matado por no atender la voz del centurión que lo requería á darse por preso; los que presencian el juego también se sugestionan ante la inmovilidad de los rostros y ante aquel hondo pensar de las cabezas; se mueven las piezas después de prolijo estudio, y, con voces de entusiasmo las unas, de desesperación las otras, van indicando las jugadas; mate al rey! ¡gambito! ¡contra gambito! Y por tan reñidas jugadas queda el entendimiento embargado y la voluntad sujeta á la tiranía de una reina, ó á la largueza de un caballo.

¡Cuántos en la desesperación de una jugada piden un caballo como aquel monarca derrotado, no para ofrecer á cambio del cuadrúpedo un reino, sino para defender á una reina del inminente peligro de un jaque mate que acabaría con los peones y derribaría las torres que vigilan y cercan sus dominios!

XXIII

—Pero mira, mira cómo ha subido el agua!—grita alborozado un muchacho que al par que se restriega los ojos legañosos, abre la boca por descomunal bostezo; pues acaba de dejar la cama. Y el párvulo, panzudo como un Sileno niño, se lanza al agua, sombrero de petate en mano, que le sirve á maravilla de nasa para pescar *pepescas*, *nacas* y *rabirubias*; á cada sacada del sombrero prorrumpe en un grito de entusiasmo, porque los pecesillos dan aletazos en el fondo del anisero, el cual chorrea agua meramente como una regadera; los vecinos no quitan ojo del líquido elemento, quizá porque lo tienen en las narices, y se dan á la paciencia—pues no sólo ha de ser placer—de la pesca menuda, con pequeña caña y



un más diminuto anzuelo; y se pasan horas y horas con la caña dentro del agua hasta que pica; toda una chiquillería, lenguaraz y retozona, arremangada de los perniles hasta el nacimiento del muslo, chapotea el agua, que, en un desbordamiento diluviano, ha invadido las calles, cubriendo las aceras, penetrando por guicios y cercados, y dejando bajo la superficie, tersa y amenazadora, los jacales de carrizo y palma de la *sábana*, con sus techos terrosos y ahumados fuera, cual si semejaran lomos de cabalgaduras que intentaran salvarse á nado de las aguas invasoras.

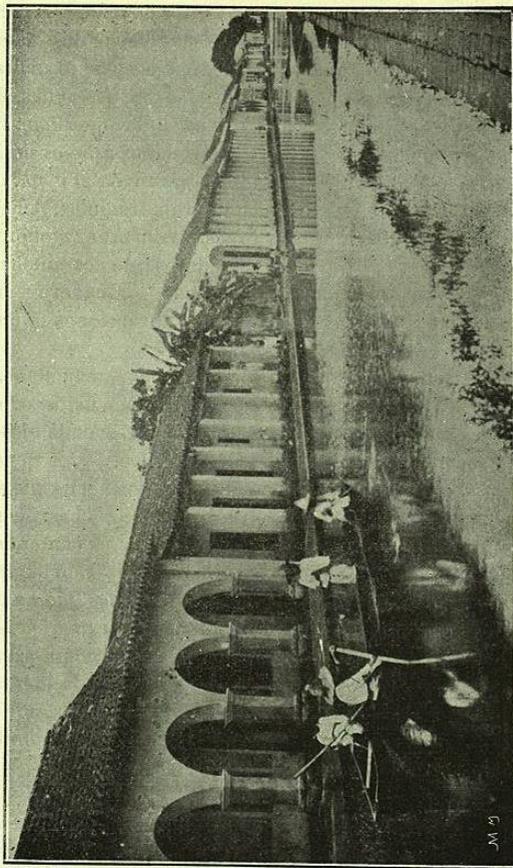
La progenie indigente, con sus desnudeces cínicas, exhibe manchas amoritadas de cicatrices de viejas fistulas—que marcan la herencia de la escrófula y la tuberculosis,—carnes magras, amarillentas y anémicas.

Las embarcaciones de distintas dimensiones y variadas formas, surcan la avenida: por allá se desliza una canoa *viajera* que conduce el mueblaje de una de esas familias que viven por la *ciénega* en tugurios de piso de tierra y techo de tejas, trayendo á bordo desde el gato de la cocina y el mastín del corral, hasta las tablas del tapanco; por aquí pasa veloz una piragua de curva proa manejada por mujeres hombrunas que saben hacer buen uso del remo y de la *palanca*, en la falca y en el talamete va sentada la prole dando golpecitos mimosos al agua y gritando de alegría; por acá se balancea una chalupa que lleva por único *pasaje* un pipiolo calado hasta los huesos por las recientes zambullidas en el torrente.

En las casas de los suburbios hay un inusitado movimiento de hormigas que sacan las provisiones para transportarlas á otro lugar seco y seguro.

Todo lo que resista el baño sale al aluvión que ya lame los escalones de los corredores; y las vecinas, enrolladas las enaguas á la cintura, tanto que dejan ver las carnosas pantorrillas, escobetean mesas, bancos, molenderos, trasteros, butaques y demás piezas del modesto ajuar; tal parece que en vista de la abundancia de agua se despierta el deseo de mojarlo y bañarlo todo, lo mismo el gato que bufa y se eriza cuando siente el remojo sobre el pellejo, que el faldero poltrón que

aulla de frío al ser sumergido en la onda; hay un deleite en golpear y acariciar el agua, de tal modo regocijado que pare



ce la caricia del domador sobre los lomos quietos de la fiera tendida y domeñada; creeríase que el Papaloapan, monstruo.

so en su ímpetu, se somete y apasigua cuando besa y lame los pies y las piernas de las hermosas costeñas.

Para pasar de una á otra acera se tienden puentes frágiles de tablas puestas sobre estacas, ó trozos de maderos; y es curioso que á cada hora se hace necesario elevar los puentes, porque el agua sube, sube sin impedírsele nada ni nadie.

Llega la noche: las casas circundadas por las aguas, dibujan sus paredes blancas en la tersidad de la superficie; la luz débil de los faroles reflejando sus mortecinos reflejos diríanse tan pronto barras candentes que se apagan en el agua, como después culebras de fuego que ondularan, trémulas, por la sábana líquida de las calles; las ranas con su croar monótono y continuado, acallan la gritería estridorosa de los muchachos que en bongos, en tablones y en pedazos de madera—navegables porque flotan—cruzan en todas direcciones la ciudad inundada.

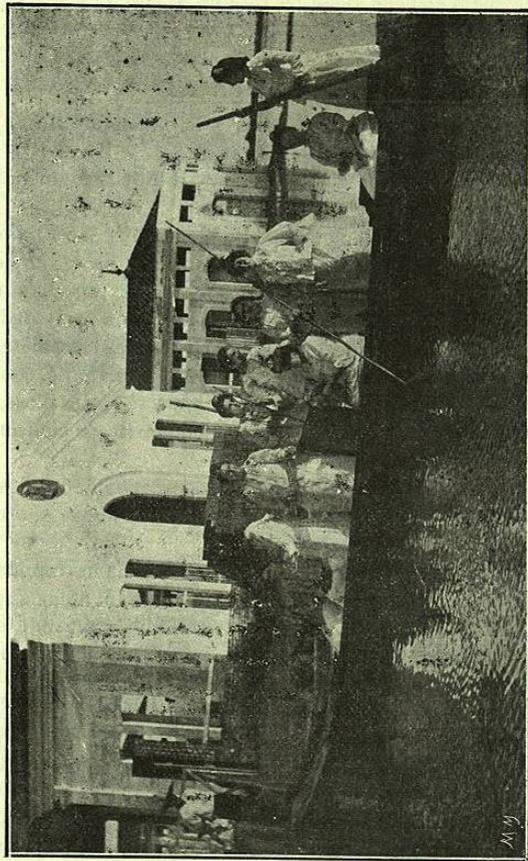
Comienzan los sapos haciendo guch, guch, guch; siguen las ranas cuá, cuá, cuá, cuá; se agregan los renacuajos con sus estridentes gueeeche, gueeeche, gueeeche; responde el poche con la gravedad de un sochantre: pooó, pooó! . . . y queda el cuareo y el croar coreado por el gueeeche, gueeeche que agrava el rotundo pooóó, pooóó de los insufribles pochos; de pronto, de entre el fúnebre chillar de los acuáticos cantantes, se escucha la dulce nota de la guitarra, el chapuzar de los remos y voces frescas y argentinas de guapas jóvenes que navegan por paseo en las calles. . . . la canción brota alegre y bien timbrada, las ranas, sapos y pochos callan su salmodia para oír el armonioso cantar de las nocturnas sirenas, y la luna salta de gozo por encima de densos nubarrones, alumbrando con su disco pleno, blanco y luciente, un cuadro digno del pincel de Goya en uno de sus *Caprichos*. . . .

.....

 «La niña que á la mar se va á lavar los pies,
 Vaya con cuidado no la pique un pez.»

Así cantan en otra embarcación tripulada por hombres; y

las barcas siguen su paseo; la luna se esconde entre nubarrones; los faroles parpadean en la superficie de las aguas; las



ranas croan, contestándoles el coro acuático, y las hermosas Náyades del Papaloapan, entonan allá en lontananza su serenata:

« Quizás, ¡oh luna! con tu luz fulgente
Acaricias al ángel de mi amor,
Y ahora que me encuentro de él ausente
¡Ay, cuánto envidia, cuánto envidia, tu pálido fulgor!»

* * *

El cerco obstinado de las aguas y la persistente lluvia nos tiene encastillados dentro del hogar.

Lo que fué al principio un regocijo, es hoy una amenaza y un peligro.

Por todas partes el agua quieta como una fiera jadeante que se echa perezosamente á descansar; á veces límpida y tersa como un espejo que refleja siempre la misma silueta blanca de los arcos y paredes inmóviles con la pasividad desesperante de una esfinge mitológica; las aceras intransitables á pie enjuto; las calles hechas río de mansa corriente, con sus puentes de tablas, recurso para que los viandantes no se mojen hasta la cintura en una travesía temeraria de equilibrios funambulescos.

Y el cielo sigue lloviendo y lloviendo calamidades: los artículos valen un ojo de la cara, para que nos quede el otro y llorar con él tantas desventuras.

Las aves de corral trepadas á los árboles de los inundados patios, viven famélicas, comiendo renuevos y hojas á igual que cualquier fraile del género de ermitaño, ó picándose las carnes hasta sangrarse como el pelicano; las gallinas no ponen un huevo, y, cuanto al rijoso gallo, languidece en la empinada ramazón por abstinencia completa

Sólo los sapos, ranas y renacuajos viven felices en su propio elemento: allí cuarean y croan á toda hora. . . . es la canción del agua estacionada.

La devota no puede ir ni á Misa ni al rezo, y dentro de sus cuatro paredes invoca á San Isidro Labrador, sin que este santo patrono de la villa del oso y del madroño interceda para que la avenida baje.

Los médicos no pueden visitar á los enfermos, y los farma-

céticos se conforman con hacer gárgaras y se contentan con ver llenárseles el pozo.

Las lavanderas tienen agua para lavarle la ropa al propio *Chichamonga*, que es crónica no muda de traje desde el siglo pasado, mejor dicho, desde el año de gracia de 1900.

Los muchachos á poco se volverán peces; las escuelas están cerradas; los maestros se dedican al estudio de la natación y á practicar experiencias marítimas.

Vivimos aislados acuáticamente; no podemos ir á la botica á escuchar las luminosas desquisiciones de uno que otro sabio de corrillo, ni á discutir con alguno de ellos si ha de decirse *meterse á fraile ó meterse fraile*; ni escuchar las hablillas de las barberías y de los cafés, ni charlar con nadie, ni hablar del prójimo, ni nada!

¡Y todo por la inoportuna visita de la impetuosa agua!

¿Cuándo podremos andar como buenos bípodos sin necesidad de remos, ni puentes, ni mojadadas?

XXIV

Iluminadas las lámparas del zócalo, anuncian, como faro de salvación á los naufragos del fastidio que llegarán al puerto: ¡habrá retreta!

De la «Academia de Música», que confina con el zócalo, salen confusos y alborotadores registros, ya de bajo profundo y borbullante, ya de clarinete atiplado y floreador, ya de pistón agudo y sostenido: los músicos aperciben sus instrumentos para la esperada retreta.

La concurrencia comienza á poblar el zócalo; son los viejos los primeros en llegar, y es la suya precaución muy en punto; pues con la tardanza pierden el asiento, y con el asiento el descanso para sus tanto cuanto flácidas piernas; después vienen en turno las mujeres: aquí la polla salerosa, de sonante tacón y alto copete; allá la jamona casadera de abultado seno y rollizas carnes; allí el pimpollo de enagua

corta con saltos y revueltas, y entre todo el conjunto, sarta inquieta de chiquillos que chillan, de nenes que lloran y de párvulos que chacharean.

El clarinete da entrada á la armonía, siguen los pistones, entonan los bajos, gorgoritea el requinto, borbota el bombo, percuten los platillos, afina el triángulo, y el redoblante—grave y ceñido—ordena y mete en compás á la banda, resultando acorde el estruendoso *paso doble*. Y en declarándose sinfonía abierta la pieza marcial con que comienzan invariablemente las retretas, entran en rodeos las mujeres, ciñéndose las enaguas, moviendo el abanico y callando las bocas; toman el paso indicado por el redoblante; es aquello un cordón femenino que forma un círculo concéntrico al rededor de los asientos de mampostería que limitan los jardines que circuyen el zócalo; al círculo femenino lo corona otro de hombres que andan en sentido contrario al de las mujeres, á modo de verse cara con cara á cada vuelta; es una manera práctica de mirarse bellas y feos y dejarse contemplar los palmitos por las miradas de los lovelaces y tenorios que en la retreta encuentran palenque y justa para conquistar doncellas. ¡Y qué círculo el del centro! Dante no lo encontró más bello ni más variado en su expedición por el Paraíso: altas y bajas, delgadas y regordetas, pelinegras y rubias, entecas y obesas; blondas como Desdémona y morenas como Judit; de ojos negros que fulguran y de miradas apacibles que fascinan; el perfume natural de las flores trascendiendo de sus sueltos cabellos y el químicamente puro de los pañuelos y de los polvos de arroz, inebrian con las suaves y delicadas emanaciones que todas ellas despiden como plantas de nuestros floridos patios, que no las hubo mejor el decantado país sabeo; unas llevan el abanico entreabierto puesto á modo de frágil escudo sobre el pecho, otras cerrado discretamente sobre los labios cual si impusieran silencio á todo ruido para disfrutar de la música; ésta abanicase con fuerza, aquella con indolencia; cuales murmuran, tales parlotean; quienes rien, otra que tal coquetea; por cima de este círculo en rotación, que dura mientras la música suena, flo-

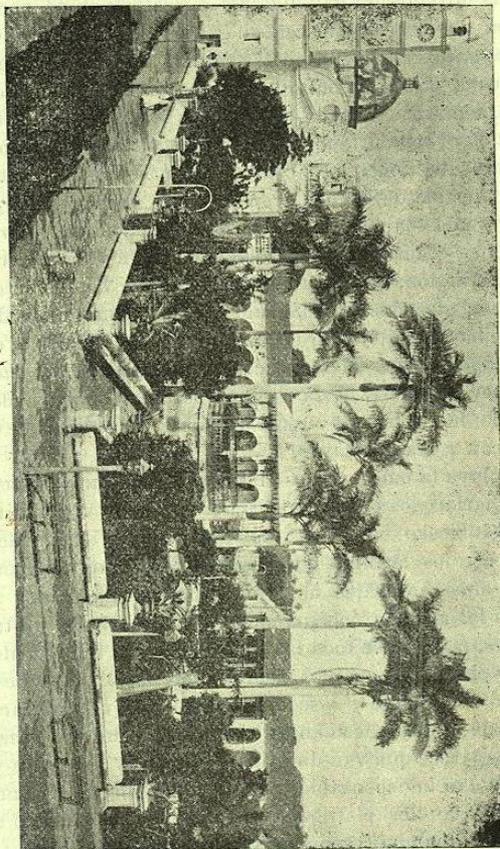
ta un hálito de frescura, un rumor de poesía que emerge del ideal siempre puesto por el hombre á manera de aureola beatífica en la frente de la mujer

En el otro círculo hay algo del purgatorio y no poco del infierno dantesco: adolescentes que se adelantan á la virilidad, con altos cuellos, corbatas sueltas, ropas ajustadas, zapato recio, cigarrillo puesto insolente en la comisura de los labios, sombrero ladeado y chicoleos y atrevimientos de tenorios en el comportamiento; hombres serios que caminan militarmente tomando el compás del paso doble; gente del pueblo vestida de blanco, con ardiente tabaco y holgados sombreros de palma; dependientes de tiendas de *abarrotés* que tienen la noche del domingo por huelga y la retreta por única diversión; mezcla de todos los tipos y confusión de todas las edades, desde el párvulo travieso con humos de calavera, hasta el viejo verde con amoríos de pizpireta; desde el taconeo de bota aristocrática que humilla el *chas chas* de la plebeya chinela, hasta el duro paso del conquistador de comedia; fuera de todo círculo discurren los policías de sable fanfarrón y paseos graves.

Concluye la música y los círculos se interrumpen; las mujeres charlan, los pequeños chacharean y los viejos conversan; del kiosko bajan los músicos dejando iluminados los atriles con los farolitos que sustentan; algunos filarmónicos se dan muy campantes una vuelta por la calzada que recorrieron los asíduos concurrentes á esta diversión gratis; y, los tales, para darse toda la importancia del interesante papel que en esos momentos representan, llevan colgados del hombro el brillante y descomunal *figle* con que realizaron el acorde de la pieza poco antes tocada; al verlos con esas ufanidades parece que van diciendo: «Aquí voy yo, niñas y caballeros, tan indispensable, que sin mí no habría armonía y sólo sonarían los platillos y se quedarían haciendo chin, mientras el bombo respondería: bom, bom »

Gorgoritean ruidosamente los bajos, tintinea el triángulo, retumba el bombo y una como cavatina comienza á oirse; en sonando la música enmudecen las charlas, calla el parloteo

y cesan las conversaciones; todos se entran en un rodeo ruidoso; hombres y mozalbetes toman seriedades cómicas y pa-



sos militares; las mujeres contonéanse, se soplan y sonrien; un apretón de manos de este amartelado galán que pasa, un

billete amoroso que á hurto se entrega, una mirada de amores, un gesto de celos; protegido aquello por la siempre obscuridad reinante, valedero lo otro por la imprescindible ceguera y vislumbrado lo último por la natural curiosidad de los paseantes; los cocuyos iluminan con sus fosforescencias verdécinas las gallardas cabezas de las mozas, y las flores exhalan perfume persistente al calor de pechos juveniles...

.....
 El reloj, atento á aquel desfile policromo y bullicioso, impasible, deja correr sus manecillas negras en derredor de sus transparentes carátulas, á igual que aquellas parejas corren el círculo del zócalo acortando en cada paso la duración de la concurrida fiesta; suena el repique armónico de las campanas del reloj, contesta el ronco y fúnebre tañido de la mayor de la iglesia que toca á la queda, en tanto el danzón derrama sus languideces meridionales en un tamboriteo de sonidos de crótales y címbalos, y retumbos de atabales y tambora para poner en dispersión á la parvada de pollas sonrientes y picoterías y al enjambre de chiquillos soñolientos que pían y saltan buscando el nido, mientras las dulcineas llevan ocultos en el casto seno el billete de amores que leerán cautelosamente antes de meterse en la cama.....

